

DISCURSO DEL MINISTRO DE INSTRUCCION, DR. JOSE DE LA RIVA AGUERO.

Señor Coronel, Representante del Presidente de la República;
Excelentísimos señores Nuncio Apostólico y Arzobispo de Lima;
Reverendo Padre Rector.
Señoras, Señoritas y Señores.

Fácilmente comprenderéis la profunda y gratísima emoción que embarga en estos instantes mi ánimo. Como Ministro de Instrucción asisto a esta significativa ceremonia en la institución libre universitaria que es la lógica culminación y el supremo florecimiento del contiguo Colegio de la Recoleta en que me educué. Estos muros guardan para mí indelebles recuerdos. Entre ellos transcurrió buena parte de mi infancia y mi adolescencia, brotaron mis primeras ideas, y confirmándose las creencias de mi tradición familiar, se arraigaron en mí los principios religiosos que tras los vaivenes de la vida he recuperado al cabo, y bajo cuya sagrada pauta he vuelto para en ellos vivir y morir.

Y no solamente me hallo poseído de estos personales sentimientos, sino que experimento la satisfacción de contemplar, en vías de realización adecuada, mi programa acerca de la libertad de enseñanza en todos los grados, y muy particularmente en el superior. Al lado de la Universidad oficial, que debe ser foco y estímulo de nacionalismo, han de subsistir, adultas y garantizadas, universidades libres, sometidas, es cierto, a la vigilancia del Estado, obligadas a respetar las bases del orden moral, social y político, pero expresivas de diversos aspectos del pensamiento y de la opinión, y por lo mismo concurrentes a la necesaria variedad, flexibilidad y riqueza de los estudios. El país que no admitiera otro pensamiento y otra enseñanza que la rígidamente oficial, sujeta a la insuficiencia y los caprichos de la arbitrariedad administrativa, el país en que predominaran de manera estable y definitiva esas dos funestas fórmulas del despotismo izquierdista, que se llaman *la escuela única* y *el monopolio universitario*, llegaría muy pronto, por la asfixiante monotonía socialista, a una mentalidad rayana en la estupidez. Son condiciones de la vida la variedad y la espontaneidad. Nosotros que amamos y practicamos la libertad de lo lícito, lo que siempre se ha llamado *libertad cristiana* en el inmenso campo de lo opinable, somos liberales en el verdadero y genuino sentido del vocablo, por más que no hagamos caso alguno de los interesados embustes con que querrían paralizarnos quienes son enemigos jurados de toda libertad, quienes jamás supieron apreciarla ni ejercerla, y bajo inconsistentes añagazas hipócritas traman en la sombra los peores atentados. No nos asusta por cierto el mote de conservadores ni ninguno de los que fragua la mediocre inventiva de nuestros naturales adversarios; pero mucho más que conservar pretendemos restaurar y renovar. Que haya diversos focos de luz intelectual en esta adormecida sociedad; pero que sean de veras focos de luz, claros, limpios y nítidos, no cubiertos con el humo de confusiones y ambi-

güedades. Y una de las peores confusiones en que por desgracia incurren algunos amigos nuestros, más por debilidad y cuitamiento que por mala intención, es el uso y el abuso del apelativo de socialistas. Si etimológicamente no tiene tal palabra nada de antipático, si es indiscutible que la Iglesia católica no se identifica con ningún transitorio estado social ni disculpa los comprobados excesos en que ha incurrido el capitalismo, como lo demuestran las inolvidables encíclicas de León XIII, también es incuestionable que generalmente se entiende por socialismo el socialismo revolucionario marxista, cuyos principios y cuyo espíritu son del todo incompatibles con el catolicismo. Lo es la teoría del materialismo histórico, en que el marxismo se basa, negadora de la realidad espiritual, a la que reputa mero *epifenómeno*; lo es la degradante tiranía del Estado, necesario soporte del colectivismo, la idolatría de la voluntad estatal y del gobierno, en que revive agravado lo peor de la edad pagana; lo es el procedimiento de despojo de la propiedad privada, mediante la violencia o con indemnizaciones irrisorias, cínico robo que viola los preceptos del Decálogo; y lo es finalmente aquel empeño de explotar los malos sentimientos, las envidias y los odios, aquel constante procedimiento de azuzar y de envenenar la oposición de las clases, la apelación sin tregua a la revuelta, la exacerbada rebelión, el frenesí destructor y maléfico, que es fiel eco del insensato *non serviam* de Satanás.

La más clara antítesis de todo este perverso y tenebroso socialismo, el único sólido seguro de la paz social, de la legalidad y de los intereses espirituales en el mundo contemporáneo, es el Catolicismo; y en este respecto no sólo le rendimos homenaje los creyentes sino que hasta los incrédulos de alta talla, los representantes de la mentalidad heterodoxa, vigorosa y coherente, privados de la luz de la Gracia pero no de la profundidad de la razón, los que han sido algo más que vulgarizadores, libelistas o gacetilleros, los librepensadores como Augusto Comte y Renán, Taine, Le Bon, Fustel de Coulanges y Maurrás, para no citar sino a los grandes maestros franceses del siglo XIX y del presente, han proclamado la excelcitud benéfica del Cristianismo católico en la sociedad. Pero reconocido hoy este axioma de disciplina social por casi todos los pensadores de formalidad y fuste, ante la amenazadora crisis presente de la civilización, brota del estado de espíritu, para las voluntades inconsistentes o torcidas, otro peligro que importa denunciar sin demora. Cesaron ya para cuantos cuentan y valen en el campo de la inteligencia, los frívolos desdenes y las muecas de incomprensiva risa, que tanto explotó el volterianismo dieciochesco. Preténdese ahora dondequiera captar el catolicismo, disfrazándose sus irreconciliables enemigos con pieles de mentidos corderos, según la parábola bíblica. Asistimos en Europa y América a la maniobra envolvente, a las capciosas declaraciones de neutralidad y simpatía por parte de los que proyectan, en cuanto les sea hacedero, perseguirlo y exterminarlo, y procuran, siempre que dominan, la loca empresa de estrangular su inmortalidad. Y hay católicos de uiles e incautos, que por fragilidad mental o volitiva se detienen a escuchar tan falaces promesas, y prestan crédito a los labios que resumen mentira y falsedad. Tan evidente es el peligro, que no pueden engañarse sino los que quieren ser engañados. La coexistencia del mal y del bien es ley de la vida, y regla divina impuesta al mundo para ser posible el mérito. No nos asusta por eso que haya tinieblas en el campo opuesto al de la luz. Lo que debe alarmarnos por nuestros descaminados o decaídos hermanos es que los de al luz se dejen enturbiar y manchar por las tinieblas, que por pusilanimidad tiendan a aquella zona de cenagosa penumbra propicia a los reptiles que silban y a los graznidos y

pios de la baja volatería intelectual. Más peligrosa que la nocividad y la insidia de los contrarios es la flojedad e indecisión de los amigos infieles o cobardes. Nos asiste la razón en esta contienda. Tenemos toda la razón, muchísimo más de lo que los tibios y los irreflexivos creen; pero no nos resignemos a que sólo lo porvenir lo justifique, permitiendo, por lenidad y tristes componendas, la realización del tremendo daño que al catolicismo y a la sociedad amagan. Preparados a afrontar las viscisitudes que hay en todo combate, alentémonos recordando que sobre nuestro camino brilla y reluce la dorada aureola de las promesas divinas, y velan los propicios astros que señalan los duraderos destinos del mundo. El bien no puede sucumbir, sean cuales fueren sus momentáneos eclipses. La civilización es orden, porque es inteligencia. La anarquía, en los estudios y en la vida, es barbarie y corrupción, que termina indefectiblemente en el más mortal y oprobioso despotismo.

ALUMNOS PREMIADOS EN EL AÑO UNIVERSITARIO DE 1933

FACULTAD DE LETRAS

Primer Año.

Sicología. — Señorita Ella Dunbar Temple
 Moral. — Señorita Ella Dunbar Temple
 Historia Antigua. — Señorita Ella Dunbar Temple
 Historia de la Edad Media. — Señorita Ella Dunbar Temple
 Revisión de Castellano. — Señorita Ella Dunbar Temple
 Geografía Física del Perú. — Señorita Ella Dunbar Temple
 Geografía Social del Perú. — Señorita Ella Dunbar Temple
 Filosofía de la Religión. — Señorita Matilde Pérez Palacio
 Inglés. — Señor Luis J. Olivera
 Francés. — Señor Carlos Cáceres Mac Gregor

Segundo Año.

Lógica. — Señor Carlos Pareja y Paz Soldán
 Metafísica. — Señor Alberto Wagner
 Historia Moderna. — Señor Alberto Wagner
 Historia Contemporánea. — Señor Alberto Wagner
 Literatura Castellana. — Señor Alberto Wagner
 Geografía Física del Perú. — Señor José Beraún
 Geografía Social del Perú. — Señor Wenceslao Pacora
 Filosofía de la Religión. — José Beraún.
 Inglés. — Señor Enrique Canaval Moreyra